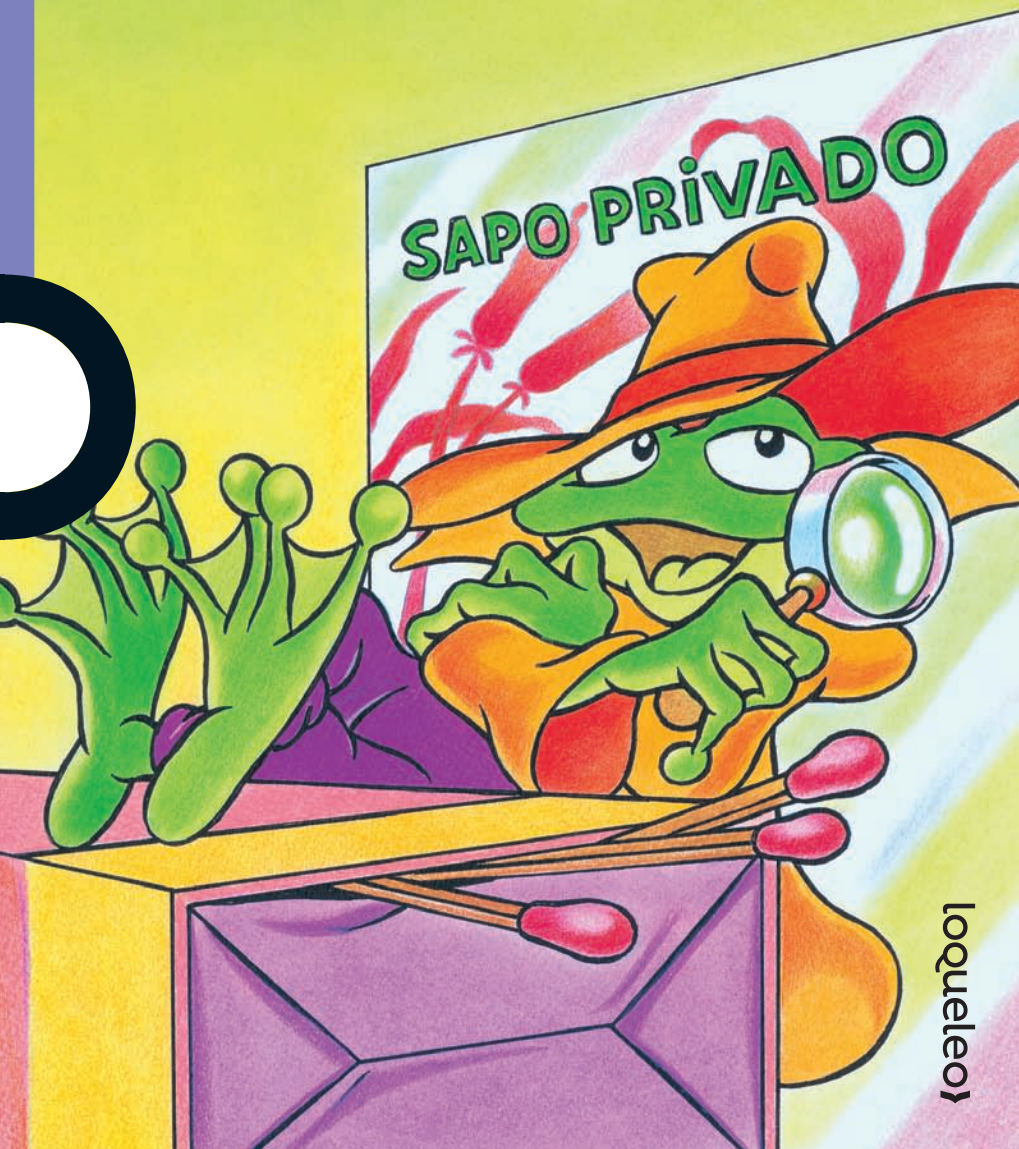


# Ruperto Detective

Roy Berocay

Ilustraciones de José Miguel Silva Lara









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1997, ROY BEROCAY

© 1997, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Constitución 1889, (11800), Montevideo.

© 2001, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4318-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: JOSÉ MIGUEL SILVA LARA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Berocay, Roy

Ruperto Detective / Roy Berocay ; ilustrado por José Miguel Silva Lara. - 1a ed. . -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

128 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4318-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Silva Lara, José Miguel, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# Ruperto Detective

Roy Berocay

Ilustraciones de José Miguel Silva Lara

loqueleq



## Índice

Una cuestión de tamaño	9
El misterio de la caja habladora	39
Ruperto de terror (Capítulo uno)	49
(Capítulo dos)	57
(Capítulo tres)	69
(Capítulo cuatro)	85
(Capítulo cinco)	97
(Capítulo seis)	111





---

*Una cuestión de tamaño*

*M*

e llamo Ruperto Sapo. Soy detective. Bueno, en realidad hace sólo cinco minutos que soy detective. Acabo de poner un cartel que dice “Sapo Privado” afuera de la cueva y estoy esperando mi primer cliente.

Afuera hace frío. Debido a mi gran inteligencia, me doy cuenta de que eso se debe a una cosa: es invierno. En invierno siempre hace frío.

Mi amigo Víctor, que es un niño macanudo, me regaló este impermeable que era de un muñeco de acción o algo así y este sombrero que me queda un poco grande, pero todo lo demás lo hice solo. Una caja de cigarrillos me sirve de escri -

torio y una caja de fósforos es mi asiento preferido.

Me gustaría tener una puerta, porque los clientes tendrían entonces que golpear y pedir permiso. Claro, también me gustaría tener una secretaria, pero soy un detective pobre que todavía no tiene ningún caso.

Víctor me lo explicó todo acerca de los detectives: siempre andan sin afeitarse, usan impermeable hasta en los días de sol y fuman, fuman muchísimo. Pero aunque los detectives lo hagan, he decidido no fumar: me revientan los sapos que fuman.

Afuera hay una neblina espesa, gorda, y hace un frío terrible. Pero estoy tranquilo; tengo las patas sobre el escritorio y estoy muy cómodo. También tengo una caja con algo de moscas, así que puedo darme el lujo de esperar hasta tener mi primer caso.

Antes de ser detective hice un montón de otras cosas, pero esto es mejor:

ahora tengo nervios de acero, ojos de águila y patas de rana.

Estoy pronto para lo que sea: que vengan los malhechores nomás.

De pronto escucho un ruido. Los sapos privados siempre tienen que estar alertas. Escucho mejor: son pasos. Toc, toc, toc. Trato de ver por la ventana y nada: todo está oscuro. Me saco el sombrero que me tapa los ojos y tampoco veo nada: me olvidé de hacer una ventana.

Toc, toc, toc, los pasos siguen avanzando en la niebla. Hasta puedo escuchar música de suspenso. Resuelvo esconderme detrás del escritorio y esperar. En caso de emergencia tomaría un revólver, pero no tengo y, además, siempre se me atorán en la garganta.

Toc, toc, toc, los pasos siguen y siguen avanzando hacia mi cueva y la música de suspenso ya me está poniendo nervioso. ¿Quién será? ¿Será un cliente? ¿Será un malvado truhán malhechor? ¿Vendrá ANTEL a colocarme el teléfono?

Todas estas preguntas sin respuestas me cruzan el cerebro, mientras afuera, en la niebla que ya les mencioné como cuarenta veces, una figura se mueve y llega a la entrada de mi cueva.

—¡Ni un paso más! —grito poniendo voz de detective valiente—. ¡Tenemos la cueva rodeada!

Eso fue una estupidez. Yo soy el que está adentro de la cueva. El malvado se debe estar riendo como loco.

—¡Tenemos el arroyo rodeado! —insisto, pero la figura se para en la entrada y una voz femenina, dulce como un cascarudo, pregunta:

—¿Puedo pasar?

Apurado me peino, me pongo el sombrero, me siento otra vez detrás del escritorio y la miro. No está mal, nada mal para ser una cangreja.

Ella mira hacia atrás como si estuviera asustada. Después se acerca lentamente y me dice:

—Hola, soy Alejandra.

—¡A la pipeta! —le digo mientras ella me mira y se peina el caparazón con una de sus pinzas.

Después se sienta en otra caja de fósforos y cruza dos de sus seis patas.

—¿En serio es detective?

—Claro. Soy el famoso Ruperto Sapo Sapo —contesto, usando mis dos apellidos para impresionarla—. ¿Nunca escuchó hablar de mí?

Alejandra mueve las pinzas y se disculpa: “La verdad que no”, dice.

Pero no me importa, olfateo que ya tengo a mi primer cliente, mi primer caso de verdad. Cuando se lo cuente a Víctor, no me va a creer.

—Algo anda mal en el cangrejal, por eso me decidí a venir, tiene que ayudarnos, ¡oh! ¡por favor, señor Sapo Sapo! —suplica.

Me acomodo el sombrero y le digo que sí, que el precio son cinco moscas al



día y que acepto el caso. Ningún buen detective puede dejar de ayudar a una cangreja triste.

Todo buen detective sabe que para empezar un caso, lo primero es ir al lugar de los hechos. Pero había un problema: hasta ahora no había pasado nada.

La cangreja Alejandra, después de pagarme mis primeras cinco moscas, no me había dicho nada más. Solamente había repetido como seis veces que algo andaba mal en el cangrejal y que estaba muy asustada. Después se había ido, caminando de costado en la niebla.

Pero yo no soy sapo de asustarse así nomás. Así que me acomodé el impermeable, el sombrero, guardé un pedacito de vidrio que uso como lupa y decidí salir a investigar.

Ir al cangrejal un día de niebla es un asunto sólo para valientes. Y la verdad, no tenía muchas ganas de serlo.

Imagínense, es como una ciudad de cangrejos, con miles y miles de cuevas.



Pero no se asusten, son bichos muy mansos y se la pasan chocando entre ellos porque no ven bien por dónde caminan.

Por suerte, cuando llegué a la entrada del cangrejal, ya había menos niebla. No me acuerdo si ya les hablé de que había niebla, pero ahora había menos. Algunos pequeños cangrejitos corrían en el barro jugando a la mancha. En las cuevas las vecinas charlaban y los cangrejos jugaban a las cartas.

Pero cuando empecé a caminar, todos se callaron de pronto. Me miraron torcido y se escondieron en las cuevas rápidamente como en las películas cuando el héroe entra a un bar.

Como soy muy listo, enseguida me di cuenta de que Alejandra tenía razón: algo raro estaba pasando. Claro, supongo que ver pasar un sapo con impermeable y sombrero es muy raro, pero me di cuenta de que era otra cosa lo que preocupaba a los cangrejos.

¿Sería que desconfiaban de los bichos verdes? ¿Estarían preocupados por